

Los tlatelolcos, sus vecinos y rivales, serian en su concepto los primeros en unirse al rey de Azcapozalco para destruir su ciudad.

De fingir que se ignoraba el origen del crimen cometido en su hijo, solo se exigia la renuncia de una venganza.

De darse por entendido de la causa de su muerte, resultaba la obligacion de pedir una satisfaccion de la ofensa, envolviendo al país en una guerra para la cual no contaba aun con los elementos precisos, ó de humillarla si no la exigia.

Huitzilihuitl optó por ahogar en su corazon el resentimiento individual. Juzgó más patriótico sacrificar su deseo de venganza, á envolver á su nacion en una guerra funesta.

Huitzilihuitl pospuso, con abnegacion heróica, sus sentimientos de padre á los deberes de rey.

CAPÍTULO IV

Prosperidad de la agricultura entre los mejicanos y aumento de su comercio.

—Tlacateotl, segundo rey de Tlatelolco.—Fiestas de los mejicanos en la terminacion de cada siglo, que se componia de 52 años, y en el principio del siguiente.—Juego llamado de los voladores.—Ixtilxochitl, sexto rey de Acolhuacan.—Rebelion del rey de Azcapozalco y de otros señores contra el monarca de Acolhuacan.—Muere en una batalla Cuauhxitl, señor de Iztapalcoan.—Convenio de paz entre el rey de Acolhuacan y los rebeldes.—Muerte de Huitzilihuitl, rey de Méjico.—Mejoras que recibió Méjico durante su reinado.

La conducta de rigor emprendida de nuevo por los tepanecas contra los mejicanos, era mirada con notable placer por los tlatelolcos, que aspiraban á sobreponerse á sus antiguos hermanos y modernos rivales.

Los tlatelolcos, lisonjeando el amor propio del rey de Azcapozalco, habian conseguido que éste les dejase prosperar sin poner trabas á ninguna de sus empresas, logrando así ver á su ciudad levantarse rápidamente, dejando presentir una era próxima de ventura. Su rey Cuacuauhpitza huac que, desde que fué elevado al trono, se ocupó con celo infatigable del buen gobierno de sus vasallos, logró que la naciente ciudad se viese en poco

tiempo adornada de buenos y sólidos edificios, embellecida con hermosos jardines, animada con el comercio que logró establecer con las naciones vecinas, cultivados los campos próximos á la corte produciendo el maíz, el *frijol* (alubia) y otras nutritivas semillas, y establecido cierto grado de civilizacion y de policía que patentizaban las bellas dotes del entendido monarca. El objeto á donde se habian dirigido todos sus deseos desde que ocupó el trono, fué el de superar á los mejicanos en todos los ramos que constituyen el bien de la sociedad y en hacer ver á sus vasallos que no habian andado desacertados al honrarle con la confianza de elevarle á la primera dignidad del reino.

Los mejicanos, á pesar de las vejaciones de que habian sido blanco por parte de los tepanecas, continuaban ocupándose constantemente del engrandecimiento de su ciudad, procurando siempre encontrarse en condiciones de superioridad respecto de los tlatelolcos. Esta rivalidad establecida entre los habitantes de las dos ciudades, fué el mas eficaz agente que pudo presentarse para impulsarles al trabajo y á la industria. Los mejicanos, multiplicando el número de flotantes huertos, habian convertido, por decirlo así, el lago en una esmaltada campiña nadante, cubierta de nutritivos granos, de sabrosas frutas y de jugosas y delicadas verduras que eran altamente estimadas en el mercado de las naciones próximas á la laguna. La pesca, con la construccion de nuevas canoas que diariamente se echaban al agua, habia aumentado considerablemente, cuadruplicando las ganancias de los que se habian dedicado á ella; y los edificios de la ciudad así como la poblacion, aumentaron de una manera notable.

Meditando en nuevos medios de engrandecer mas rápidamente su reino se hallaba el monarca de Tlatelolco, cuando una enfermedad, que le llevó al sepulcro, le privó de realizarlos. Hacia pocos meses que habia perecido el niño príncipe Acoluahuatl bajo el puñal de infames asesinos, cuando acaeció la muerte del expresado monarca, en el mismo año de 1399.

1399. No fué menos activo Tlacateotl que fué elegido por rey para ocupar el trono vacante. El Tlacateotl, 2.º rey de Tlatelolco. nuevo soberano, segun unos historiadores, era tepaneca, como su antecesor, y, segun otros, acolhua, dado á los tlatelolcos por el rey de Acolhuacan. Como no envuelve importancia ninguna la averiguacion del sitio de su nacimiento, dejaremos en el lugar que les corresponde las dos opiniones emitidas, para ocuparnos únicamente de sus actos. Dominado por el mismo celo patriótico que distinguió á su antecesor y por la rivalidad hácia los mejicanos, impulsó todas las obras de construccion, protegió la agricultura, favoreció el comercio y dió mayor ensanche á la poblacion.

Las dos naciones rivales, impulsadas por la emulacion, crecian rápidamente; y los mejicanos, merced á los resultados producidos por esa emulacion, se hallaron en 1402, tres años despues del asesinato cometido en su príncipe, en estado de poder celebrar con toda solemnidad el principio del quinto siglo que contaban desde su salida de su patria Aztlan.

El siglo de los mejicanos se componia, como el de los toltecas, de cincuenta y dos años; y el quinto empezaba, como he dicho, en 1402, que se prepararon á celebrarlo

con la decencia que les permitia ya el mejoramiento de su posicion.

Las ceremonias de la conclusion de un siglo y las fiestas del principio del otro, eran celebradas entre los mejicanos con imponente solemnidad las primeras, y con alegres y bulliciosas fiestas las segundas.

El mundo debia desaparecer, por un cataclismo horrendo, en el último instante en que expirase un siglo.

Se ignoraba el siglo en que el funesto acontecimiento debia verificarse.

Cada uno de los que llegaban podia ser el señalado por los dioses, para que en su desaparicion, desapareciese tambien, entre horribles sacudimientos, la tierra.

Por eso en la última noche de cada siglo se preparaban para presenciár el tremendo espectáculo en que debian ser actores y víctimas.

Modo de celebrar la terminacion de un siglo y el principio del otro. Todo era imponente y lúgubre en esa noche que podia ser la última para el género humano. Apagaban el fuego y las luces que en los templos ardian, y apagaban tambien el de sus casas, quedando envueltos en completa oscuridad; rompian las ollas, los vasos, los platos y todos los utensilios de barro y loza destinados para condimentar la comida y el servicio de la mesa, y se disponian para morir despidiéndose de sus deudos y de sus amigos. Los sacerdotes, vestidos con las insignias y ricos ornamentos de sus divinidades; tendida al viento su larga y despeinada cabellera; acompañados de un inmenso pueblo silencioso y meditabundo, salian con gran recogimiento del templo principal, llevando consigo una noble víctima para el

sacrificio, al mas valiente de los prisioneros que se habian hecho en los combates; cruzaban lentamente la silenciosa ciudad envuelta en sombras, y se dirigian con majestuoso paso hácia el monte de Huixachtla, distante dos leguas de la grandiosa capital y muy próximo á Ixtapalapa. La lúgubre y misteriosa procesion emprendia su lenta marcha al salir del templo, á una hora cuya exactitud calculaba por la posicion que las estrellas guardaban, y llegaba al religioso monte momentos antes de la media noche. La numerosa procesion hacia alto en un sitio designado, y los sacerdotes se adelantaban con paso tardo y con profundo recogimiento hácia el centro de la cima, donde debia encenderse, llegada la media noche, el sagrado fuego que indicase que habia empezado el nuevo siglo y que habia terminado el anterior sin el cataclismo temido.

Pero durante esas horas de duda en que la poblacion esperaba con ansia la aparicion del fuego, y temia al mismo tiempo terminar la existencia en medio de la catástrofe del mundo, la angustia de todos era terrible, indescriptible. Los esposos cubrian con hojas de maguey el rostro de sus mujeres grávidas y las encerraban en los graneros, temiendo que se convirtieran en sangrientas fieras y les devorasen: temerosos igualmente de que los niños se transformasen en ratones y sabandijas, les tapaban la cara con las hojas de la misma planta, y les movian y hablaban incesantemente para evitar que se durmiesen. Las personas que se habian quedado en la ciudad sin formar parte de la procesion, ocupaban las azoteas de sus casas, á donde habian subido para tener fija la vista

en la cima del monte destinado á dejar ver la señal de que los dioses concedian nuevos dias de vida al mundo.

La ceremonia de encender el fuego sagrado que indicase el principio de un nuevo siglo, tocaba primitivamente á un sacerdote del barrio llamado de Coopolco. Pasado el instante que indicaba la continuacion de otra edad, el valiente prisionero que habia marchado en la procesion, era sacrificado inmediatamente, y su cadáver lo colocaban sobre una pira funeral de maderas resinosas y aromáticas. El sacerdote encargado de encender el fuego sagrado se acercaba á la víctima; colocaba en su rasgado pecho dos pedazos de leño que por medio de la friccion encendia, y pronto la llama, comunicándose á la combustible pira, se elevaba como una columna de fuego hasta las nubes, dejándose ver á distancias considerables. Al lúgubre y profundo silencio que habia reinado durante las horas de angustiosa incertidumbre, seguian, al ver la señal de nueva vida, los gritos de triunfo y de alegría lanzados por la multitud que cubria las campiñas, los terrados de los templos, las colinas y las azoteas de los edificios. Todos los que habian formado parte de la lúgubre procesion, corrian presurosos á la hoguera encendida, á coger un poco de aquel fuego sagrado para llevarlo á su casa. Millares de hombres se veian cruzar en todas direcciones con leños resinosos encendidos, como fantásticas apariciones en medio de las oscuras selvas y de los caminos; en tanto que las personas que habian quedado en la ciudad, acudian á encender sus antorchas en los templos á donde una parte del fuego divino habia sido llevado por los sacerdotes. El elemento consolar que indicaba la vida de un siglo mas, res-

plandecia en los altares y en el hogar doméstico, al rededor del cual se agrupaban contentas las familias.

Los trece dias siguientes á la renovacion del fuego, que eran los que se intercalaban entre el siglo fenecido y el naciente para ajustar el curso solar del año, se empleaban en la festividad del nuevo ciclo y en las manifestaciones recíprocas que se enviaban porque las leyes de la naturaleza continuaban para los aztecas en su curso regular.

En esos trece dias se blanqueaban, embellecian, limpiaban y componian los edificios públicos y particulares; se empezaban á construir nuevas casas y templos; se reemplazaban los rotos utensilios de cocina con otros nuevos y mas brillantes; platos, manteles, vasos, todo era flamante á fin de que nada usado se presentase al aparecer el nuevo siglo. El pueblo, formando diversas procesiones, coronado de vistosas guirnaldas y llevando en la mano exquisitos ramilletes de flores, se dirigia á los templos para elevar cánticos de gracias á sus divinidades, que les habian concedido la dicha de entrar en otra era de ventura.

El siglo y el año naciendo empezaban siempre el 26 de Febrero. En ese dia, á nadie le era lícito beber agua hasta que el sol, elevándose al cénit, no marcaba las doce en su brillante carrera. Entonces empezaban los sacrificios, cuyo número estaba en relacion con la grandeza de la fiesta. Por todas partes resonaban los gritos de júbilo y de alegría y se escuchaban las palabras de enhorabuena que mutuamente se dirigian los amigos.

En esos dias todos se presentaban con los trajes mas vistosos y ricos que tenian; los convites, los bailes, la música y los juegos públicos, aumentaban la animacion

de la escena, y las luminarias que la ciudad ostentaba durante las trece noches, aumentaban el placer de los alegres habitantes. Era la gran festividad secular en que se celebraba la nueva vida de un pueblo entero que habia temido hundirse en el abismo de los tiempos al terminar el siglo.

Entre los varios juegos, alusivos á la regeneracion del mundo que en esa fiesta particularmente celebraban, habia uno verdaderamente notable, llamado de *los voladores*. Era un juego que exigia notable agilidad y gallardía en los que lo ejecutaban.

Juego de los voladores. Para verificar este vistoso juego que se conserva hasta el dia, aunque muy modificado, fijaban un palo alto y grueso, como el mástil de un bergantin, en medio de una plaza. En la parte superior de este gran palo metian un cilindro de madera semejante á un mortero, del cual pendian cuatro cordeles de fuerte y apretado tejido, que sostenian, por los cuatro ángulos, un bastidor, tambien de madera, de forma cuadrada. Constaba el bastidor de cuatro pedazos con un agujero en medio de cada uno de ellos. Otras cuatro cuerdas semejantes á las primeras, estaban en el espacio que existia entre el bastidor y el cilindro, formando al rededor del palo trece vueltas, que eran las que debian dar precisamente los voladores. Estaba fijado el número de trece vueltas, porque con él se representaba el número del siglo, que se componia de cuatro periodos de trece años cada uno. La longitud de las cuerdas y la elevacion del palo se hallaban combinados de una manera que, al terminar la vuelta décimo tercia, los cuatro voladores llegasen con matemática

exactitud á tierra. Cada una de las cuerdas que daban vueltas al rededor del palo entre el cilindro y el bastidor, pasaba por el agujero que, como he dicho, tenia cada uno de los cuatro pedazos que formaban el último; y otra cuerda, independiente de éstas, que bajaba desde el cilindro, rodeando todo el palo, servia para que subiesen por él los voladores. Los principales de éstos, que eran cuatro, vestidos de águilas, de cisnes, ó de otras vistosas aves, subian con velocidad asombrosa al cilindro, valiéndose únicamente de la última cuerda que dejo mencionada: tras de ellos subian otros nueve individuos para formar el número de trece, vestidos tambien caprichosamente, colocándose ocho en el bastidor, y el noveno sobre el cilindro, provisto de un tamboril ó de una banderola. Colocados de la manera indicada, los cuatro primeros voladores que habian subido al cilindro, bailaban unos cuantos instantes, entreteniendo á la multitud que acudia á verles; se ataban en seguida con la extremidad de las cuerdas que pasaban por los cuatro agujeros del bastidor, y sin detenerse un instante, se lanzaban con ímpetu extraordinario, emprendiendo el vuelo con las alas extendidas y moviéndolas con admirable rapidez. Al impulso de los cuerpos al emprender el vuelo, se ponian en movimiento el bastidor y el cilindro, desenvolviendo aquél con sus giros las cuerdas de cuyos extremos estaban atados los voladores, de manera que cuando más se alargaban, iban siendo mayores los círculos que describian. Durante este vistoso vuelo en que los voladores giraban en círculos progresivos, el que se habia colocado encima del cilindro tocaba el tamboril ó tremolaba la banderola, sin cuidarse